

Publicación: **Breve Noticia de la vida del siervo de Dios, el doctor don Luis Belluga, cura de Orgaz y tercero de Nuestro Padre San Francisco** .— En FRANCISCO DE AJOFRÍN: *Historia sacro-profana de la ilustre y noble villa de Ajofrín y aparición milagrosa de la soberana imagen de Nuestra Señora de Gracia*- Toledo: Diputación Provincial de Toledo, 2000 , pp. 257-259

Breve noticia de la vida del siervo de Dios, el doctor don Luis Belluga, cura de Orgaz y tercero de Nuestro Padre San Francisco

4.- Nació este insigne varón en la ciudad de Toledo, y fue bautizado en la parroquia de San Román, a 27 de diciembre de 1577, fueron sus padres don Pedro Vázquez Belluga y doña Inés de la Fuente, naturales de dicha ciudad, personas nobles, distinguidas y virtuosas.

Estando aún en el vientre de su madre quiso el Señor mostrar lo que había de ser en lo sucesivo, porque pasando su madre por donde estaban conjurando a un energúmeno, empezó a hacer rarísimos extremos y acciones violentísimas, y preguntando el sacerdote ¿Por qué hacía aquello?. Respondió, que el niño que aquella mujer llevaba en su vientre le atormentaba mucho, y que en adelante le había de perseguir en gran manera.

Críaronle sus padres en el santo temor de Dios, y desde niño se descubrió, entre una rara santidad, una no vulgar perspicacia de ingenio. Pusiéronle a los estudios en que se adelantó a todos con admiración de sus maestros. Tomó la beca en el Colegio Insigne de San Bernardino de Toledo, y habiendo salido un teólogo perfecto y consumado, le elevaron sus méritos a cura de la Magdalena de la misma ciudad, y de allí pasó a Orgaz, el año de 1616. Vistió el santo hábito de la venerable Orden Tercera en el convento de San Juan de los Reyes de Toledo, el día 18 de enero de 1617, y le trajo toda su vida con el mayor aprecio debajo de las vestiduras clericales.

Fue ministro y dechado de ministros de la Orden Tercera de Orgaz repetidas veces, portándose con el mayor ejemplo de que aún duran sus memorias. Era observantísimo de las constituciones de la Orden, siendo el primero en las juntas y ejercicios espirituales y, a su ejemplo, se movían todos. Si por su oficio de párroco o ministro de la Orden Tercera reprendía a alguno lo hacía con tal amor y caridad, que quedaba el delincuente corregido sin darse por agraviado, pues era de condición afable y cariñosa con que atraía sin violencia a cuantos trataba y dirigía.

Era ardentísimo su celo en la salvación de las almas, procurando de todos modos no sólo apartarlas del pecado, sino adelantarlas en la virtud.

Su invicta paciencia se prueba en dos casos, que se refieren por extenso en su vida: el primero, al folio 131 vuelta, y fue con una mujer, el segundo fue con un sacerdote fugitivo, y se refiere al folio 133, y nos contentamos con esta leve insinuación, para pasar adelante.

Fue excelente en la castidad, y sólo con mirar su compostura y modestia, infundía veneración, los ojos traía siempre en el suelo y el rostro con la mayor gravedad, nunca consintió que le tocase mujer alguna, ni quiso tomar medicina por su mano. Jamás se alzó la sotana delante de mujeres, y cuando se desnudaba, cerraba con llave el aposento, y así depusieron en las informaciones, que nunca perdió la preciosa joya de la castidad.

En la oración empleaba todo el tiempo que le quedaba libre, cumplidas sus tareas y ocupaciones, y así vino a adquirir una presencia de Dios tan continua que no le perdía de vista. Esta misma presencia de Dios aconsejaba a todos los que dirigía, como medio utilísimo y eficaz para adelantar en la virtud.

Tuvo singular don de discernir espíritus y gracia especial para lanzar demonios de los cuerpos y también para curar enfermedades en que obró muchos prodigios. La misma virtud tenían sus reliquias o cosas de su uso, como se vio con sus firmas y rosarios benditos por él.

Fue humildísimo, y renunció el Obispado de Puerto Rico en las Indias, a que sus méritos le elevaban.

En las demás virtudes fue también admirable, y se pudieran decir cosas prodigiosas de las que están escritas y averiguadas en las informaciones que se hicieron después de su dichosa muerte, pero la brevedad nos lo impide.

Últimamente, habiendo pasado desde Orgaz a cura de Vicálvaro, y de aquí a confesor de las ejemplares religiosas Dominicas Descalzas de Loeches, por empeño del Excelentísimo Señor Conde Duque, su fundador, y dando en todas partes vivos ejemplos de virtud y santidad; murió, aclamado de todos por varón grande en Loeches, a 26 de agosto de 1627. Después que expiró, quedó en su aposento una luz prodigiosa y resplandeciente, a que sucedió un olor suavísimo y admirable, con que el Señor quiso calificar la santidad de su fiel siervo.

Estableció la frecuencia de sacramentos como el medio más eficaz para este fin, con lo cual trajo muchas almas a Dios no sólo en Orgaz, sino en otros pueblos. Todos los días gastaba cinco horas en el confesonario, y con *esto* y su raro ejemplo, florecieron tantas almas santas, como en aquel tiempo hubo en Orgaz, cuyo buen olor aún dura en nuestros días.

Compuso y dio a luz para dirección de las almas varios tratados de Teología Mística, muy útiles y espirituales. Escribió también un libro, en 4º, lleno de elocuencia y doctrina con el título de «Deiparae revelationibus», hace mención de este libro el padre Alba, en su tomo de a folio, intitulado «Militia Universalis propria sententia», letra L., folio 1992.

En la caridad para con los pobres fue admirable, tenía dos mil ducados de renta; pero todo era de los mendigos y necesitados, pues él se mantenía tan pobremente que nunca quería tener más que un vestido, y para remendarle procuraban los criados tener escondido otro, donde no le hallase, pues si le hallaba, le daba luego a los pobres y decía: *«no es muy pobre el que tiene vestidos de repuesto»*. Su comida era pobrísima y escasa, viviendo sumamente desprendido de las cosas temporales, pues nunca sabía lo que tenía que comer ni lo que había en casa, dejándolo todo a la dirección de un criado que tenía muy fiel y virtuoso, y así se daba con más quietud a la oración y al gobierno de las almas. Una noche, le dijo un criado que no tenía que dar limosna a otro día; pero el siervo de Dios lleno de fe le reprendió, diciendo: *«¿Por qué desconfías de la misericordia del Señor? Yo no tengo duda en que Su Majestad mirará por sus pobres»*. Y así fue, pues a otro día muy temprano llegó un hombre no conocido y le entregó al criado una cantidad de dinero, diciendo era para el señor cura.

En visitar los enfermos y asistir a los hospitales gastaba mucho tiempo y empleaba mucha limosna. Fue tanta su pobreza, que habiéndole hecho cura de Vicálvaro, no tuvo con qué hacer el viaje, y fue preciso pedir le prestasen algún dinero, lo que hizo con mucha alegría de su espíritu. Solía decir que le tuviesen lástima, si la muerte le cogía con más de cien reales, y sucedió, que habiendo muerto, sólo encontraron cien reales, que para el gasto tenía el criado, con que fue preciso para cumplir el testamento, vender los pocos libros que tenía y sus pobres alhajuelas.